

50 años después

Fue el 4 de octubre de 1957 cuando se puso en órbita el *Sputnik*, primera máquina que fue capaz de aprovechar las leyes de la mecánica y quedarse en el espacio exterior sin volver a caer: el primer satélite artificial, lanzado y colocado por la Unión Soviética.

El *Sputnik* tenía una masa aproximada de 83 kilos, contaba con dos transmisores de radio de 20,007 y 40,002 MHz, y orbitó la Tierra a una distancia de 938 kilómetros en su apogeo y 214 kilómetros en su perigeo. Medía 58 centímetros de diámetro y empleaba 95 minutos en dar una vuelta completa alrededor de la Tierra, con una velocidad de unos 24.500 kilómetros por hora. Fue lanzado desde el Cosmódromo de Tyuratam, en Kazajistán, que en aquella época formaba parte de la Unión Soviética. La palabra «sputnik» significa «satélite» en astronáutica y en ruso corriente, «camarada» o «compañero». Pronto se le asignó el número 1, pues más tarde fueron lanzados otros muchos.

El día en que se lanzó el *Sputnik* el mundo se estremeció. Sobre todo Estados Unidos. Los americanos estaban completamente convencidos de que su tecnología era muy superior a la soviética, y esta afirmación se puso aquel día en duda. Todos los mandos de aquel país se reunieron y comenzaron a reflexionar sobre lo que se debía o se podía hacer, pero no sería hasta febrero de 1958 cuando Estados Unidos colocó en órbita su primer satélite, el *Explorer 1*, que, en comparación, pesaba unos 15 kilos y era de forma cilíndrica. La máxima altitud de su órbita era de 2.540 kilómetros y la mínima de 359, siendo su velocidad orbital de unos 28.000 kilómetros por hora. Para entonces los rusos ya habían lanzado el *Sputnik 2*, en noviembre de 1957, que pesaba unas seis veces más que el *Sputnik 1* y llevaba a la perra Laika, el primer ser vivo que fue puesto en órbita fuera de la atmósfera terrestre.

Este episodio es una muestra de lo que ha sido el siglo XX. Un siglo que, como afirman los historiadores, fue muy corto, pues empezó de hecho con la primera guerra mundial y terminó con la caída del muro de Berlín. Desde el fin de la segunda guerra mundial y hasta el final de los años 80 el mundo vivió asustado, pensando que una tercera guerra



– Alberto Miguel Arruti. COFIS

podía estallar en cualquier momento. Un ejemplo de la mentalidad en aquel año de 1957 fue la conferencia de Pugwash, en la que 22 científicos de diez países se reunieron en esta pequeña localidad canadiense para hablar sobre «los peligros que para la humanidad plantea el desarrollo de armas de destrucción masiva». Las revoluciones de Hungría y después de Checoslovaquia fueron momentos de especial tensión. En definitiva, el miedo a una tercera guerra, que ahora podía ser nuclear.

En 1989 fue el fin de la herencia de la Conferencia de Yalta, el triunfo de la libertad sobre el totalitarismo soviético y el fin del miedo a una tercera guerra mundial. Fueron los felices años 90. Pero la felicidad dura poco en este mundo. Entonces vino el 11-S y el mundo comprendió que volvíamos otra vez a la guerra o al peligro de guerra, y que la guerra ya no sería la de trincheras, como la primera mundial, ni de bombardeos y desembarcos, como la segunda. Sería una guerra de terrorismo, de servicios de información y de «inteligencia», como afirman los servicios secretos de cualquier potencia. Como ha escrito el sociólogo alemán Ulrich Beck, es la sociedad del riesgo, una sociedad en la que el entramado de causalidades y dependencias genera situaciones en las que pequeñas variaciones en un extremo producen consecuencias monstruosas en el otro extremo. Algo así como el «efecto mariposa».

Y todo esto fue ayer. «El mundo de ayer», que escribiría Stefan Zweig. Pero, pese a todo, la vida sigue, como en la canción francesa, «sin hacer ruido».

El día en que se lanzó el *Sputnik* el mundo se estremeció